

JOSÉ MARÍA FERNÁNDEZ NIETO, *Biografía del Fuego*. Palencia, 2018, 54 p. ISBN: 978-84-09-0243-9.

He repetido en numerosas ocasiones que una de las columnas básicas en las que se asienta la poesía de José María Fernández Nieto es la religiosidad. Este libro, último del poeta, y promovido por su hija mayor, está mantenido en ella, pero entendida no desde el vértice sacro, sino en la relación del hombre en días apagados, y a través del hombre.

José María imagina, siente que Dios, su atracción, reside en el hombre porque sin él no habría Dios. Por eso marca la frontera entre el bien y el mal, entre el hombre que le sigue y el que se aleja, o lo que es lo mismo para el poeta: entre el amor y el egoísmo. Y así, esa religiosidad se aparta de lo sacro y sus liturgias, de las palabras vacías y sus pretendidas adhesiones.

Volvemos –siempre se vuelve– a Antonio Machado:

“quien habla solo espera hablar a Dios un día”.

Y esta es la religiosidad de José María Fernández Nieto: hablar a Dios en íntima comunicación amorosa y personal, alejándose de su relación primeriza –que no primaria– que existía apoyada en los otros. Este es un trazado descrito en la trayectoria de su poesía: los otros, que ya nos lo dejó señalado en su primer libro serio, *La muerte aprendida*:

“No sé de qué recuerdo  
hay algo de vuestro cántico que me parece mío  
Sin vosotros el aire me sería difícil.”

Entran estos versos en su poema *Vosotros* con el que abre el libro que publicó Halcón, Valladolid 1949, y que ya en sí son toda una poética, o, al menos, su dirección.

Los del libro que presentamos hoy, *Biografía del fuego*, son los últimos versos que escribió y que no pudo, o no quiso, publicar –alguien lo hará en su día– y ese alguien ha sido la Institución Tello Téllez de Meneses, a la que perteneció como académico desde el año 1955, año en el pusimos al aire libre la revista *Rocamador*.

Están escritos con la palabra de siempre envuelta en un lenguaje donde la imagen se alza como una amapola, prolongado en el manto visual de la metáfora. Porque todo es metáfora en la poesía de Fernández Nieto, y quiso conservar esta impronta característica hasta el final. Todos nacen de la vida cotidiana, descansan en los elementos corporales de los alrededores del hombre vistos desde sí mismo y combinándolos a su antojo desde la magia poética.

Pero aquí el sentimiento religioso arranca de su propia conciencia, no podía ser de otro modo. Por primera vez en este libro el poeta prescinde del *vosotros* para adentrarse en el *yo* y desde él cantar y contar su visión del mundo, acusadora pero esperanzada, sentir que siempre estuvo presente en su poesía, no sólo en *La trébede* o en *Capital de provincia*.

Hay, también, una exposición de dos mundos: el suyo, que es el pasado y al que se aferra, y el actual, que ve y no le gusta por encontrar en él caminos negativos para el desarrollo de las virtudes humanas, donde el *yo*, y su goce, prescinde de aquel *vosotros* para ver que “la soberbia escala la altitud de ser hombre.”

Es un verso suyo. En otros nos dirá:

“Busco entre el humo blanco  
y encuentro desplumadas las canciones  
de un tiempo  
que dejó de ser mío.”

No es *Biografía del fuego* su testamento poético, ni lo parece, sino el canto del sentir de alguien que busca ya un refugio en la otra vida en la que firmemente cree.

Qué decir, en cuanto la expresión, de quien nos ofrece en sus versos imágenes tan luminosas como éstas:

“El amor ardía sus años ruisiñeros.”  
“Se me ha carbonizado la nostalgia”.  
“El tallo enfermo de un adiós olvidado.”  
“Como las espaldas de un amor que pasa,  
como un cementerio de frases usadas”.  
“Que traigan ese fuego pequeño que canta.”

El libro se cierra con un soneto que es pura biografía pasional de vida en el que nos confiesa:

“Amé tanto la vida, la pasión de ser hombre  
que Dios me espera.”

*Marcelino García Velasco*

MARCELINO GARCÍA VELASCO, *Cartas viejas. Correspondencia epistolar de un premio Nobel con un poeta palentino novel: Vicente Aleixandre, Marcelino García Velasco*. Ed. Institución Tello Téllez de Meneses, Palencia 2019, 307 pp.

La causa primera de la correspondencia que mantuvieron los protagonistas de este libro queda explicada con un simple dato: el entonces joven poeta palentino, Marcelino García Velasco, era un chaval de dieciocho años, que actuaba como secretario de la recién nacida revista poética *Rocamador*. Y a él le correspondió el encargo de solicitar a Vicente Aleixandre, el gran poeta de la Generación del 27, un poema para incluirlo en el primer número de aquella revista de una pequeña capital de provincia.

La correspondencia que aquí se ofrece reproduce solamente las cartas dirigidas por Aleixandre a su destinatario palentino. Sin embargo, a través de ella, podemos adivinar algunas de las cosas que García Velasco le contara en sus misivas (situaciones personales y familiares, proyectos profesionales y literarios, cambios de domicilio y muchas cosas más) y llegamos a conocer algunas intimidades de éste gracias a los comentarios que estampa el veterano poeta afincado en Madrid. Aquí constatamos, como si de reflejos del espejo aleixandrino se tratara, las experiencias del joven maestro de escuela en distintas comarcas de la provincia palentina (la Ojeda, el Cerrato, Tierra de Campos, la capital) o sean las relacionadas con el –o los– noviazgos y el nacimiento y lento desarrollo de sus hijos con el paso del tiempo. Gracias a estas cartas vemos cómo Aleixandre, en la distancia y con desconocimiento físico, se hace perfecta idea de los

paisajes geográficos habitados por Marcelino (“me parece pasearme contigo por el páramo” y “no he estado nunca en esa provincia, pero a través de tus versos, de su hermosura, unas veces crispada, otras llena de piedad y siempre de comunión, me parece tienes de esas tierras el conocimiento más noble”) y de los paisajes de su alma también: “Te veo enamorado. Y afirmado, identificado con Carmina y delante se abre la vida con una plenitud que desde vuestra firmeza unida es una senda luminosa para los dos, en la alegría como en la dificultad”.

Vicente Aleixandre mantiene correspondencia con Marcelino García Velasco a lo largo de veintinueve años, hasta unos meses antes de la muerte de quien había sido galardonado con el Premio Nobel de Literatura en 1977. Es interesante que Marcelino haya conservado las cartas originales, que en este libro se ofrecen en reproducción facsímil a lo largo de más de doscientas páginas y, asimismo, se transcriben en una treintena de páginas a doble columna, para facilitar la interpretación de unos manuscritos que a algún lector puede resultarle dificultosa. En cada uno de los textos de ambos bloques (manuscritos y transcripciones) se remite al lector a la otra versión de referencia, de modo que se puede leer rápidamente el contenido y/o deleitarse con la grafía, las tachaduras y los añadidos de la correspondencia.

A medida que avanza la relación entre el poeta novel palentino con el que sería Nobel sevillano, casi cuarenta años mayor, se advierte un tono amistoso y cordial, cada vez más creciente; pero siempre manteniendo la corrección y la seriedad del saber estar... Hay un momento que lo refleja perfectamente: cuando Marcelino se encuentra haciendo el servicio militar en Madrid y acude a visitar a Aleixandre a su chalet de la

calle Velintonia, lugar de cita de numerosos poetas jóvenes. Y fue recibido con cordialidad, ofreciéndose a prestarle ayuda y resolver sus necesidades si lo precisara, pese a que era un principiante, todavía un *donnadie* en el mundo de los poetas. Todo esto queda anotado en las cartas autógrafas del poeta sevillano. Acudió el palentino a la casa del gran poeta del 27 en alguna ocasión durante su estancia madrileña sirviendo a la Patria. Pero el resto de confidencias, comentarios sobre su poesía y magisterio literario hubo de ser plasmado en los años posteriores por medio de cartas debido a la distancia geográfica, que no otra, entre ambos poetas.

Puedo decir que he podido constatar, personalmente, a lo largo de mi vida profesional periodística, que son los grandes escritores los más agradecidos, incluso con los principiantes que se acercan a ellos o hacen reseñas de sus obras; siendo yo también un *donnadie*, recibí cartas manuscritas de agradecimiento y cercanía por parte de académicos como Dámaso Alonso, Miguel Delibes, Gerardo Diego, Vicente Aleixandre..., lo que hacía aún más sonoro el silencio de los menos importantes o incluso mediocres.

En el libro de las cartas de Aleixandre a García Velasco encontramos la valoración de escritores, opiniones acerca de libros propios y ajenos, sobre todo de los de su interlocutor, ofrecimiento de puentes de amistad facilitando las direcciones de poetas ya consagrados..., pero advirtiéndole, por ejemplo, que Claudio Rodríguez, Francisco Brines y Carlos Bousoño, son alérgicos a escribir cartas.

Vemos en esta correspondencia la lógica obsesión del gran poeta sevillano para evitar que se publique su poema sin un solo error,

con los puntos y comas queridos por el autor y donde quiere que vayan, incluso diéresis que indiquen la separación de sílabas para mantener el ritmo del verso, las letras precisas y no más ni menos, el escalón o distribución o partición de algunos versos, el modo de volver a la línea inferior de los versos cuya extensión supera la caja de texto, las separaciones estróficas, en fin, toda la complejidad que debe acompañar a la obra artística literaria. Esto era hace unos años el gran caballo de batalla porque se entregaban a la imprenta los originales manuscritos o, en el mejor de los casos, mecanografiados y con correcciones realizadas en el último momento. Por eso, pide que le remitan las pruebas de imprenta para verlas y dar el aprobado final a vuelta de correo para no perder fechas en la aparición del número de la revista.

Aleixandre va contando la evolución de sus achaques (que siempre le acompañaron: corazón, espalda, artrosis, glaucoma, cataratas, riñón extirpado, gripes y congestiones invernales, el síndrome primaveral, herpes...) y los de su hermana Carmen, que siempre lo acompañó como ángel de la guarda.

Por lo demás, podemos apuntar varios detalles: Que es muy hermosa y significativa la primera carta de Aleixandre a nuestro poeta palentino, fechada el 19 de abril de 1954. Que se muestra conocedor de la marcha de la revista *Rocamador* y los avatares que tuvo que afrontar, así como de los poemas y reseñas que se recogen en la misma. Que anima al joven poeta palentino para que siga mejorando. Que le facilita su número de teléfono para que le visite en Madrid y le detalla la ruta completa para llegar pronto desde el cuartel a su casa, a pesar de estar relativamente cerca. Que aprovecha la

correspondencia epistolar para comentar las obras que van apareciendo, tanto suyas (*Los encuentros*, *Diálogos del conocimiento*, *Poemas de la consumación*, diversas antologías) como de Marcelino, quien le iba enviando sus poemarios. Que incluso le explica, al editarse en 1960 sus *Poesías completas*, que eso no puede ser tal mientras el poeta vive. Que manifiesta, coincidiendo con Claudio Rodríguez, lo floja que es la antología tendenciosa de José María Castellet sobre la poesía de los veinte años posteriores a la Guerra Civil. Que también le pone en relación con Claudio Rodríguez, a quien, junto con José Ángel Valente, coloca entre los mejores poetas novísimos allá por el año 1960...

En suma, una correspondencia que recoge retazos de una vida –o de dos vidas– en la escritura cálida y cordial de un poeta dotado de gran sensibilidad.

*Miguel de Santiago Rodríguez*